

Expansión imperial

Autor/a: Felipe Mayoral García

Origen: Madrid, España

Publicada: 16 de enero de 2005

Marco temporal: Etapa posterior a la caída de la antigua República

Genero: Relato Corto

Resumen: "Relato corto, pero intenso, que sirve como aproximación a una etapa que para los aficionados a las películas de la saga Star Wars permanece sumida en la más completa oscuridad. Una historia complicada, donde la ambición y la astucia ganan terreno a la honradez y la firmeza de espíritu del alma humana. Una historia en la que se distinguen leves paralelismos con la revolución Bolchevique en la Rusia Zarista de principios de siglo."

Hunt Lenhint descubrió aturdido que el tamaño de un destructor imperial era realmente descomunal. Pero quedó aun más sobrecogido cuando los guardias que le estaban "escortando" a través de los interminables corredores que atravesaban la nave de una cubierta a otra, le llevaron a las habitaciones privadas del general Thart Earl Halter. Durante el trayecto Lenhint admiró la riqueza tecnológica de la que disponía el imperio. Con todo aquello a pleno funcionamiento era comprensible que el ejercito del temible emperador Palpatine estuviese reconquistando por toda la galaxia los territorios independizados de la antigua republica. Pero lo que Lenhint no podía entender era que una fuerza tan devastadora como el Imperio hubiese fijado su atención en una minúscula facción rebelde que tenía como principal arma una ideología política que había tenido muy poca aceptación y que tenía sus escasos seguidores en el pequeño y aislado sistema Elgond. Lenhint, el famoso líder e ideólogo del "Siteismo social" que en sus días gloriosos fue miembro del senado de la antigua republica y que guiaba con escaso éxito los pasos de aquella organización rebelde, se sentía inseguro en aquella nave, no podía evitarlo. La escolta imperial acompañó a Lenhint a las habitaciones privadas del general. Una vez allí, Halter le dio amablemente la bienvenida. Su tono era calido y cordial, aunque mantenía la actitud arrogante que caracterizaba a los oficiales imperiales. Lenhint se mostró cauto ante la inquietante cortesía de Halter. Observó sus ojos y en ellos percibió inmediatamente una ambición que no conocía límites. Incluso en determinados momentos Lenhint creyó vislumbrar cierta crispación en el general, debida seguramente al poco interés que despertaba en él aquella insignificante misión. Seguramente el joven Halter soñaba con llevar acabo grandes hazañas que le valiesen el éxito y la fama. Pero para lograr todo aquello primero tenia que acabar con aquella insignificante misión encomendada por sus incompetentes superiores. Estudiando a Halter, Lenhint estaba cada vez más desconcertado acerca de las intenciones de imperio. No sabía que esperar de aquella reunión y a la espera del movimiento que delatase las intenciones de su anfitrión, Lenhint adoptó una actitud razonablemente defensiva. ¿Qué podía esperar conseguir aquel ambicioso general imperial a través de una reunión con él? Si hubiesen querido matarle y acabar con su insignificante movimiento revolucionario ya lo habrían hecho. Aquello carecía de sentido y Lenhint estaba cada vez mas desconcertado. Hasta que finalmente Halter habló. El general informó a Lenhint de sus intenciones de conquista en aquel sistema. Pero también le explicó que el pequeño destacamento con el que contaba no le permitía llevar acabo una acción rápida y decisiva como él hubiese preferido. Por ello, tal y como estaban las cosas, su ofensiva debía desarrollarse de

otra manera. "Le propongo un trato"; dijo Halter súbitamente mirando a Lenhint directamente a los ojos. "¿Que le parecería si yo le permitiese regresar a su planeta capital con un importante cargamento de armas?". Aquella propuesta sorprendió enormemente a Lenhint que tras recapacitar durante unos segundos replicó: "¿Y que ganaría usted haciendo eso general?". Entonces Halter dio comienzo a un elegante, teatral y bien preparado discurso en el que divagó sobre sus intenciones durante muchos minutos, hasta que terminó diciendo: "La oposición al imperio por parte del actual gobierno de su sistema es fuerte y bien organizada. Por ello, sí la organización que usted lidera se hace fuerte en el planeta capital, el actual gobierno se verá forzado a combatirla. Y me temo que sus fuerzas no son suficientes como para librar una guerra con dos frentes diferentes." Tras las palabras de Halter, Lenhint quedó pensativo durante unos segundos hasta que dijo: "¿Me está pidiendo que traicione a mi pueblo para ayudarles a ustedes a llevar a cabo su invasión?". Halter pareció horrorizado ante la ocurrencia de Lenhint. "No querido amigo, no es eso lo que yo pretendo. Conozco su inquebrantable amor hacia su pueblo y sé que nunca les traicionaría. Piénselo bien, lo que yo le ofrezco es la posibilidad de ganar esta guerra. Si usted aprovecha bien la oportunidad que yo le brindo podrá hacerse fuerte en el planeta capital. Podrá derrocar al actual gobierno criminal de su sistema y después repeler nuestra invasión. ¡Es su gran oportunidad!". En aquel momento Lenhint era un hombre desconcertado. "¿Y por qué iba usted a hacer eso general?" Halter sonrió. "Yo pretendo la victoria amigo mío, pero para lograrla necesito arriesgarme. Lo que le ofrezco es una alianza contra el actual gobierno del sistema. Una alianza que quedara rota cuando dicho gobierno halla caído. Entonces nos enfrentaremos en una guerra justa y ganará el mejor de nosotros. ¿Qué le parece? ¿Acepta?". Lenhint dudó durante unos segundos, pero finalmente aceptó y selló su pacto estrechando la mano del general Halter. Tras este episodio los acontecimientos se desarrollaron con rapidez. Lenhint, acompañado de sus seguidores más leales, partió hacia el planeta capital en una nave de cargamento imperial. En las bodegas de la nave había almacenadas armas suficientes como para crear un gran ejército. Con él podrían hacer mucho daño al gobierno del sistema, eso seguro. Aquellos hombres soñaban con alcanzar el éxito y la gloria tras la guerra, en aquel momento no tenían nada. Se creían invencibles. La nave entró clandestinamente en el planeta capital y en un lugar seguro descargó el cargamento que significaba la mayor ilusión posible para miles de hombres y mujeres que veían cerca el fin de la opresión a la que estaban sometidos por el gobierno de su sistema. Sus movimientos fueron rápidos y acertados. En poco tiempo lograron hacerse con el control en una de las ciudades más importantes del planeta. Esto animó a muchos más hombres que vieron en esta una causa justa a la que unirse. Su fuerza aumentó mucho y siguieron logrando victorias. El gobierno tuvo que dedicar una parte importante de sus tropas a socavar la rebelión, pero finalmente no pudo soportar la presión a la que le sometieron sus oponentes y se desmoronó. La felicidad de los rebeldes liderados por Hunt Lenhint era desbordante. ¡Por fin habían triunfado sobre los opresores! Aquel había sido un éxito del pueblo y le seguirían muchos más. Inmediatamente Lenhint fue nombrado presidente del nuevo gobierno por un gabinete creado por sus más cercanos colaboradores. Su alegría no conocía límites. Pero pronto se dio cuenta de que aquello era una patética ilusión para advenedizos. Las poderosas tropas imperiales, que habían permanecido agazapadas durante todo el periodo de guerra civil, aparecieron de repente sobre el planeta capital y lanzaron un ataque devastador. El nuevo gobierno se desplomó inmediatamente. La invasión a gran escala se llevó a cabo en tan solo unas horas. Sus líderes más importantes fueron fusilados. Mientras que Hunt Lenhint, viéndose derrotado y entendiendo su gravísimo error político, se quitó la vida en su recién adquirido despacho presidencial. Mientras que el tenaz general Thart Earl Halter siguió con tedio el desarrollo de los acontecimientos de esta nueva e insignificante conquista. Antes de que la victoria fuese completa Halter se

marcho a sus aposentos privados para probarse su nuevo uniforme de gala. Un uniforme que esperaba lucir pronto en su fiesta de recepción en Coruscant, donde esperaba ser recibido como un héroe por sus muchos éxitos militares. Aunque en realidad estos no fuesen realmente espectaculares.

Lejos de allí, en Coruscant, el emperador fue informado de la nueva conquista llevada a cabo por el eficiente general Thart Earl Halter. Palpatine recibió la noticia sin inmutarse. Aquel era solo un éxito más de su poderoso ejército. Sus hombres hacían lo que él deseaba que hiciesen, tal y como debía de ser. Si alguno de ellos fallaba es que no era digno de lucir el uniforme imperial. No había lugar para incompetentes entre quienes le servían. Su deber era ser los mejores. El día de la victoria final estaba cerca. Ya nadie podría interponerse en su camino al éxito absoluto. ¡En poco tiempo sería el amo y señor de toda la galaxia! ...

FIN

por Felipe Mayoral García

Copyright y propiedad intelectual de su respectivo autor
publicado en www.fuerzaimperial.net